



RE
LA
TOS
G RTOS

T i e r r a d e M o n e g r o s

La fuerza silenciosa de la lluvia

Elena Marqués Núñez

La casa de los Sutherland es blanca y poco atractiva, apenas un cobertizo rehabilitado con tejas coloradas y un gran arce que sombrea los aledaños del porche. Está cerca de la iglesia, un poco alejada de todo, del resto del pueblo y de la carretera que lo une al mundo, y a dos pasos del camino que baja al río, por lo que los días de tormenta corren el riesgo de quedar aislados por el barro.

Puede que sea por eso por lo que Meredith Sutherland aprendió muy pronto a leer y a ilustrar sus propias historias. En la estación de lluvias, que se hacen eternas, la niña ocupa una mesa de cerezo junto a la ventana de la sala, aunque su madre le insiste en que se acerque a la chimenea «porque hace mucho frío, m'hijita» mientras el padre se debate en la parte trasera levantando diques efímeros que les eviten las humedades y las inundaciones, y en un cuaderno que

compró en el almacén del viejo señor Broderick recrea algunas escenas de lo que ha ocurrido en el colegio por la mañana. Poca cosa en general: una pelea de los gemelos Thomas por el deseo perpetuo de imponer su supremacía; las cartas de amor de Mark Stevenson a Margareth Mayweather; el cruce de miradas de la señorita Louise Armstrong y el director Brugman, por quien las alumnas de último curso suspiran con estúpida ostentación.

Esas cosas la perturban; en general, las conversaciones sobre noviazgos y matrimonios a estas alturas del siglo. «Eso es porque no crees en el amor», le reprocha soñadora Susan Lincoln, a quien ni siquiera lo insigne del apellido podrá ayudarla a encontrar un novio que la corteje y mucho menos un marido que la conduzca, por el lodazal del camino, hasta el altar de Saint Andrew.

Esa tarde Meredith ha tenido una tonta disputa con ella a cuenta de Frederick Linsen. El muchacho no es capaz de decidirse por quién de las dos le gusta más, y tal incertidumbre las mantiene en ascuas. Al menos a Susan, que ni siquiera sabe escribir en condiciones; algo que su eterna enemiga esgrime como continuo motivo para la burla.

Meredith Sutherland presume de que nunca cometió faltas de ortografía y afirma con rotunda solemnidad que de mayor será profesora, «aunque no en este pueblo mezquino a orillas del Mississippi, sino en una ciudad grande, como Charleston o Nueva York». Últimamente, con casi dieciséis años, piensa y escribe mucho sobre ello, sobre qué hará en el futuro.

También dibuja insectos y flores y se pregunta cómo, siendo el magnolio el símbolo del Estado, nunca ha visto uno por los alrededores, y sí anchurosos maizales y grandes extensiones salpicadas del copo desmigado del algodón. A veces, cuando las distintas familias se quejan de las dificultades que atraviesan, afirma que quizás se convierta en una gran científica que los ayude a salir del atolladero de la estrechez.

Ante esa afirmación Susan no tiene más remedio que reírse, porque es imposible, apuesta la cabeza, salir con vida de aquel humedal, donde la lluvia corroe los buenos propósitos y los circuitos eléctricos de los coches y hasta los títulos expedidos en cualquier universidad mediocre. Quién va a ser capaz de sobreponerse a los elementos, de vencer con cierta habilidad a lo que el destino les tiene preparado desde la creación del mundo. Y más, por supuesto, en el caso de una mujer. A veces, por ese motivo, a cuenta de esos desencuentros, terminan las dos tirándose de los pelos.

Son muchas las ocasiones en que la señorita Armstrong debe llamarles la atención, aunque siempre se pone de parte de Meredith, por sus buenas calificaciones en casi todas las asignaturas y porque se le parece a alguien que conoció en la niñez, a una niña que se asomaba a un espejo sin lustre en una casita vieja y deslucida de tejas coloradas y un arce sombreando los aledaños del porche. Ya entonces la lluvia, con su fragor histórico, desbarataba cualquier atisbo de progreso y la fe esperanzada en el porvenir.

El director bromea (siempre lo hace) sobre las ilusas preferencias de la docente porque a sus oídos ha llegado

que todo lo que escribe la jovencita de los Sutherland no son más que patrañas, y que su inútil imaginación la traslada a los libros de historia universal y que se inventa las batallas y quién sabe si, por esa mezcla de sangre que le adivina en la piel, hace ganar a los países equivocados. Él es un patriota, y no le va a consentir que cuente lo de Pearl Harbour de un modo aún más ignominioso.

Además, en el último examen de lengua, en una redacción en que los niños debían perorar sobre las tareas domésticas, Meredith ha explicado con absoluta seriedad a qué se dedican realmente en su casa, quién reconstruye una y otra vez la baranda del porche y cómo se cocinan en solitario las sopas y pucheros, y sostiene que unas meras palabras mágicas son las causantes de aquel orden y aquel concierto y eso le permite a cada uno consagrarse sin prisas a sus propios asuntos.

«Es intolerable esa actitud chulesca», bufa el director resolviendo que la niña tiene decidido arruinarle la vida. (El señor Brugman sospecha que todos están contra él, o que es el centro del universo, y a veces que no se merece este trato; ni mucho menos lo que le ha tocado en suerte.) Pero cuando pidió cita para hablar con la señora Sutherland descubrió dónde estaba la verdadera raíz del problema, pues también ella tenía sus buenos defectos de genialidad, solo que en su caso las patrañas no cobraban consistencia porque no iban más allá de los cuentos al amor de la lumbre, donde teje, a la par que las bufandas y los mitones de sus cinco escandalosas criaturas, fábulas sobre brujas de Nueva Orleans, curanderas africanas y burladoras de la muerte;

leyendas protagonizadas por extraordinarias mixturas de hombre y cerdo, de caballo y sirena, y de repente se detiene a apuntar, en el dobladillo a medio coser de una pernera del pantalón de su marido, la receta recién recordada de un mejunje para borrar las estrías y otros defectos de la piel porque nunca ha llevado bien el pequeño inconveniente de ser negra.

Ese verano es uno de los últimos que Meredith Sutherland pretende pasar por aquellos andurriales, entre baños en el río y fiestas en el cobertizo del viejo Saul Bukowski, a quien siempre, y sin ningún éxito, pregunta su procedencia con cierta brutalidad. El hombre llegó hace tanto tiempo que ni se acuerda de sus orígenes, y, si lo hace, no le parece bien airearlos, aunque está claro que tampoco la niña debe estar orgullosa de su familia, pues raras veces se la ve acompañarla a la iglesia, ayudar al padre en su lucha encarnizada con el aguacero, coser los fragmentos de lana que se desbordan del canasto de su madre en el porche a medio destruir. Ella sigue prefiriendo su mesa de cerezo y, de un tiempo a esta parte, sus visitas a la pequeña biblioteca municipal; un edificio informe que se adosó no hace mucho a los muros de la escuela donde Louise Armstrong le recomienda cada semana su buen puñado de historias y, con una osadía que alguno no le perdona, le corrige algunas solicitudes para que la joven pueda enviarlas sin vergüenza y estudiar del mismo modo desahogado entre los muros de Berkeley.

Al señor Brugman sus desvelos por aquel bicho le parecen una enorme estupidez, y cuando utiliza esos términos para su pupila la señorita Armstrong suma sus

lágrimas de impotencia al último tifón sin corolarios con que no acaba de terminarse el mundo. La profesora llora mucho y con profusión, pero lo hace frente al espejo desgastado esperando que alguna vez el tiempo le devuelva todo aquello que le robó sin ningún atisbo de piedad.

También la señora Sutherland sollozó con su marcha, aunque quién era ella para impedirsele. Después de ahogarla en un abrazo y meterle en los bolsillos algunos caramelos de arce de elaboración propia y verla vadear, por el camino hacia el pueblo, las costas negruzcas de los sempiternos charcos, recuerda cómo escapó de su casa para fugarse con aquel blanquito que se desloma desde hace lustros en la reconstrucción eterna de su hogar, y la persecución que tuvo que sufrir mucho después hasta que acabaron aposentándose en aquel pueblo donde nadie más se lanzó a curiosear en su existencia ocupados como estaban en sus propios asuntos, que eran realmente de primera necesidad: salvar las cosechas y vender a buen precio el grano, mantener la leña seca para el invierno, evitar los embarazos indeseados en las fiestas organizadas por Saul Bukowski con un propósito que a la mayoría de la población se le escapaba.

De todas formas, cuando la señora Sutherland se enteró de que en Mississippi había varias universidades y que la niña podía haberse quedado más cerca de casa, cogió un sonoro berrinche que ni siquiera fue capaz de curar con uno de sus múltiples bebedizos. Susan Lincoln se encargó de hacérselo saber, lo de la posibilidad de la cercanía y lo de la ingratitud que de aquel acto se colegía, y aunque la mulata la pagó con el mensajero

y juró y perjuró que nunca más volvería a hablarle (a Susan; a su hija la seguía queriendo con más encono si cabe por las muestras inagotables de valor y cordura), no fue aquella la última vez que tuvieron la obligación de volver a verse.

Meredith Sutherland se había debatido hasta última hora sobre qué rama del conocimiento debía escoger, hasta que la repentina enfermedad del director, al que no tenía en mucha estimación pero hay cosas que están por encima de los afectos, la acabó encaminando a los estudios de medicina. Susan Lincoln, que preparaba a conciencia su fugaz casamiento con Peter Thomas, el gemelo más procaz pero no por ello (o precisamente a causa de ello) el más conveniente para el matrimonio, le auguraba una vergonzosa vuelta que nunca llegó a producirse, o al menos no en los términos en que ella, con su débil imaginación de niña mala, le había pronosticado.

La casa de Meredith Sutherland, fea y destartalada, resistió los embates de cuantos tifones asolaron la zona justo hasta dos días antes de que la joven, ya convertida en doctora, regresara. El maltrecho señor Sutherland, siempre atento a las subidas de las mareas, que le sembraban los salientes del garaje de lubinas negras y brotes de soja a medio macerar, había descuidado las raíces del arce de la entrada, y estas acabaron por invadir el porche y adentrarse poco a poco a abrevar en la laguna del sótano.

Gracias a Dios, y a la huida escalonada de todos los Sutherland, ya solo vivía allí el matrimonio, y tres personas caben en cualquier parte sobre todo si años de

privaciones y cierta laboriosidad los han hecho amasar un buen saco de ahorros. Y como Susan Lincoln, recién divorciada, necesitaba vender su casa, un chalé coqueto extrañamente pintado de amarillo para que el sol no se fuera de sus hermosas y caras ventanas de guillotina, iniciaron el trato para trasladarse allí, donde quizás, repartiendo bien los muebles y habilitando la planta baja, podía la joven Meredith establecer su consulta.

La señorita Armstrong se mostró muy feliz con la idea y en cuanto pudo acudió a visitarla. Ligeramente engrosada tras la muerte del director Brugman, a quien ni las oraciones del reverendo Flanagan ni su traslado al hospital de Booneville lo libraron de su suerte, fue a recibirla y a rogarle la ayudara en una tarea que, desde que la ejerció con éxito sobre su pupila favorita, no se le apartaba de la cabeza. Meredith Sutherland era su primer triunfo, pero «no te vayas a creer que aquí las cosas han cambiado mucho», se le quejaba mientras la mulata traía con cuidado una bandeja con té dulce y panecillos de mantequilla sin dejar de mirar a su niñita, que había cambiado las historias locales y la recolección de plantas y de insectos por otras tareas de más utilidad, pues estaba convencida de que la joven había venido para no marcharse, y que en el bajo de la ex casa soleada de Susan Lincoln establecería una blanca consulta donde colgar su título y repartir por cajones y camillas los fonendos y tensiómetros con que a todos les arreglaría la salud.

Pero la joven aprendiz de galeno era consciente de que ella sola nada podía hacer. Es más, y aunque le costara trabajo pronunciarlo, no entraba dentro de sus

planes. La vuelta a casa era solo algo temporal, como unas vacaciones; una visita a sus padres para asegurarse de que aún seguían vivos y, si acaso, tras sufrir y llorar con ellos el naufragio y el abandono de sus hermanos, huidos a los estados vecinos con un estudiado e increíble plantel de buenas excusas, ayudarlos a instalarse en su nueva casa, que al descubrir que había pertenecido a Susan y se la habían comprado a bajo precio por pura desesperación (desesperación de Susan) cobraba para ella mayor relevancia.

Bien es verdad, reflexionaba, que es función del médico velar siempre por la salud de los hombres, y que allí más que en ningún sitio, por la humedad que se aferraba a los bronquios y los materiales de desecho con que normalmente se levantaban las construcciones, más el trabajo duro en el campo y el malestar eterno del aburrimiento que a veces los conducía en manada a la desesperación y a la locura, la salud era algo a lo que no se atendía demasiado, al menos no como en California había aprendido sobre una mesa enorme de cerezo donde a veces esbozaba, entre fórmulas químicas y dibujos anatómicos, los soñados magnolios de su infancia y juventud.

Las primeras lluvias del otoño la dejaron unos días aislada en la casa amarilla de Susan Lincoln, a la que evitaba mirar de frente por una extraña superstición. Quizás la sangre del Caribe que corría a ratos por sus venas la alertaba sobre las posibilidades de que alegrarse de una desgracia, y más aún aprovecharse de ella, solo puede acarrear nuevos infortunios.

En cualquier caso, repasando con su madre sus recuerdos y descubriendo el mapa de nombres que compuso su primera enseñanza, sintió algo parecido a los remordimientos, pues algunos de esos jóvenes, a los que había conocido casi gateando entre los pedregales verdosos de la orilla, ya tenían su buena reata de niños mocosos y el peso perceptible de que la vida les estorbaba. En aquel lugar aislado y con tan poca población el índice de suicidios se podía tildar de preocupante.

Por eso, mientras veía caer el diluvio a través de la ventana, rezaba a un Dios inexistente que lo borrara del mapa, a aquel pueblo maldito y a todos sus habitantes, pues estaba claro que resistir en una ciénaga como anfibios con camisa recolectando un algodón casi fermentado era lo menos parecido a vivir con dignidad.

Aquellos días, para acompañar lo que empezaba a ser en su madre toda una costumbre, también lloró, hasta que, armándose de valor, dijo «será mejor que me marche», con un resolución que se quedó vibrando igual que una amenaza, y la señorita Armstrong suspiró como si se desinflara y su madre siguió sollozando y su padre, desocupado desde el derrumbe, buscó en los cierres de las ventanas de guillotina algún desperfecto con que matar el tiempo.

Aun así, era imposible cumplir con sus deseos tan a la ligera porque el nivel del agua seguía subiendo y se escuchaba la crecida del río y el crujir de las raíces de los arces vecinos en su empuje febril y subterráneo. Por su parte, el huracán había arrancado concienzudamente

los postes de la electricidad y tuvieron que sacar las velas de los cajones de la cocina y rescatar las lámparas de aceite del lavadero como cuando vivían en el viejo caserón a medio construir, y, reunidos en el salón sin mitones ni bufandas que tejer y comprobando que esta vez la casa distaba del río lo suficiente como para que las olas no le horadaran los cimientos, Meredith se preguntó «qué hacemos ahora», ella que siempre supo en todo momento resolver con cierta sensación de acierto.

Entonces, en la penumbra apenas invadida por las llamas cambiantes de las velas, la luz fantasmagórica de los quinqués y los restos humosos del hogar, vio sobre la repisa su antigua libreta de redacciones, aquella que comprara en el almacén del viejo señor Broderick, que Dios tenga en su gloria, toda llena de fotografías y poemillas en ciernes y esquelas de periódico con los mejores momentos de aquel pueblo, que también los había tenido, entre fiestas, misas solemnes y ferias del ganado, y, con un poco de temor, porque algo había empezado a aprender del poder de los recuerdos, le pidió a su madre que se la alcanzara. Y, al tomarla con cierta aprensión de una esquina y ver sus manos juntas, le pareció que el tiempo se había detenido en aquella estación de tormentas y quietud; que el espacio se había disecado en una selva a punto de tragarse hasta el último acre de las undosas colinas de los campos de algodón.

A la mañana siguiente Meredith se despertó muy tarde, como si realmente esperara que el viento hubiera actuado toda la noche y barrido definitivamente aquel pueblo de la faz de la tierra. La calma se extendía sobre

los campos aunque las cortinas le impedían confirmar dónde había estado durmiendo.

Bien pudiera ser que, en realidad, aquella visita a sus orígenes, a aquel pueblo lejano y primitivo donde las mujeres seguían buscando esposos y embarazándose al final de las fiestas, no se hubiera producido sino en sueños, y que aún continuara en California buscando trabajo en el Children's Hospital Oakland o en el St. Rose de Hayward; y que, al abrir la ventana, encontraría el verdor del campus y el conocido aroma de las algas del Pacífico. Sí, eso era, un olor a té dulce que ella misma hervía en su habitación de cielos despejados y revoloteo de palmeras se le instalaba ahora entre las sábanas, el borboteo amable de las últimas gotas del tifón y el trino del ceniztle anunciando las horas matutinas.

Meredith se duchó, se vistió de domingo y bajó a desayunar al porche, donde la señora Sutherland, con sus dotes mágicas, que no habían menguado con la humedad ni con los principios inevitables de la vejez, había adivinado que igual podría convencerla. Y, si no ella, el joven Frederick Linsen, que pasaba cada mañana a la misma hora en dirección a los campos donde tenía previsto plantar soja aunque hubiera preferido probar con las vides pero «aquí ya se sabe», sonreía mirando el jirón de las nubes en el cielo e imaginando los vientres verdosos de las uvas futuras, y a veces se paraba un momento a charlar con su marido, experto en bricolaje y en cañas de pescar; afición, esta segunda, a la que ahora, en una casa recién estrenada, podía retornar sin miedo a verse interrumpido por renovadas catástrofes.

Meredith se sentó en la silla de enea y el joven Frederick Linsen, acodado en la baranda, le sonrió con ánimo, y le preguntó amablemente cómo le había ido en aquel tiempo, qué había aprendido y, por encima de todo, qué camino exento de fango pensaba ahora recorrer. «¿No quieres un té?», se limitó la doctora a preguntarle, pues le pareció que el corte de la mano no evolucionaba como debiera y se ofreció a curárselo, y le recetó un antibiótico para frenarle la infección, y, cuando el muchacho se levantó, «pues las tareas del campo no perdonan», le dijo «vuelve mañana», porque aquella herida necesitaba un seguimiento.

La mano de Frederick Linsen se recompuso por fin para bien de todos, aunque, por las extrañas evoluciones del destino y quién sabe si todo ello conjurado por algún cuento mágico al amor de la lumbre, a la curación de un miembro le seguía un nuevo golpe en otro, y Meredith se vio en la obligación, que no era tal, sino un borboteo de placer mal disimulado, de tocarlo más de la cuenta, hasta que sus dedos empezaron a recorrerle todo el cuerpo y a desabotonarle más prendas de las estrictamente necesarias para ejecutar un examen médico, y cuando se vino a dar cuenta estaba tan loca por él que había habilitado en la planta baja, en una habitación donde cabían mesa, camilla y un buen puñado de estetoscopios, una pequeña consulta a la que acabó por acudir Susan Lincoln para buscar remedio a sus reiterados ataques de ansiedad y a sus no menos visibles asaltos de arrepentimiento.

Finalmente Meredith Sutherland, entre bromas y veras, pues era consciente de la trampa en la que

caía y sus muchas ventajas y sus más que posibles inconvenientes, también dijo que sí a aquel proyecto antiguo de la señorita Armstrong (a quien, de paso, diagnosticó el problema de tiroides que la ensanchó en los últimos tiempos), sobre unas clases de educación sexual para combatir las fiestas del viejo Saul Bukowski y, por qué no, ciertas charlas de orientación para los jóvenes, a ella que se le daban también las palabras según se deducía de sus cuadernos y del discurso que le soltó a Susan Lincoln sobre los serios inconvenientes de hacer las cosas sin razonar, porque, aunque las lluvias torrenciales los habían atormentado durante generaciones y aún amenazaban continuamente con llevárselo todo río abajo, Meredith Sutherland empezaba a pensar que realmente no todo estaba perdido.